

LOS POLLOS DE LA CONRADA

“Aconteció un día que las gallinas que Conrada tenía en el patio de su casa pusieron huevos. La buena mujer cogió los huevos y una gallina clueca y los subió a su sitio en la cocina, debajo de la fregadera donde ella podía vigilar a la clueca a todas las horas del día para que comiese bien y empollase los huevos. A los 21 días salieron del cascarón unas bolitas amarillas, los poyuelos, que ella fue colocando en el “cajón de los pollos” bajo la luz de la ventana al calor de la lumbre del hogar. Los pollitos fueron creciendo bien alimentados por Conrada que les echaba trigo recién recogido de la era.



Los pollitos de Conrada eran el atractivo de niños y mayores que visitaban su casa; todos querían tocarlos cuando sacaban sus cabecitas entre los barrotes del cajón para comer trigo o beber agua.



A las dos semanas de nacer los pollitos ya no cabían en el “cajón de los pollos”, así que Conrada los cogió y los bajó al patio con las gallinas y el gallo, y pensó que en vez de dejarlos sueltos por el patio estarían más seguros en un jaulón debajo de la escalera del pajar ante el ataque de algún desalmado gato o perro del lugar. Allí iba Conrada todos los días a ver a sus pollos y echarles de comer, sustituyó el trigo por el maíz y como era verano les completaba la dieta con

todo lo que de la huerta no se aprovechaba en casa o sobraba, hojas de lechuga, tomates maduros, calabacines grandes, pepinos, hojas de brócoli o de acelga...

Los niños y los mayores seguían viniendo a visitarlos y cuando se acercaban al jaulón, unos y otros tenían pensamientos muy diferentes. Los niños pensaban que los pollitos, sus pollitos amarillos, se estaban transformando en unos “bichos” feos con plumas blancas que no le cubrían el cuerpo dejando al aire parte de su piel roja y áspera, que nada tenía que ver con el suave algodón



amarillo de su anterior plumaje. Los mayores los miraban con buenos ojos al ver como iban creciendo rápidamente, tan rápidamente que no les daba tiempo ni a cubrir de plumón su cuerpo; ellos pensaban en lo sabrosos que tenían que estar en la cazuela.

Conrada siguió alimentando a sus pollos, que cada día eran más voraces devorando en breves momentos todo lo que les echaba y empapuzándose de maíz, tanto y de tal forma que veía como unos pollos picaban a otros para arrebatarse la comida o para no dejarles comer. Los pollos cambiaron su plumón por plumas blancas que ya les cubrían todo su cuerpo, la roja cresta de algunos despuntaba maneras para ser un buen gallo. Conrada pensó que si eran todos pollos tendría que quitarlos de casa porque con un gallo le bastaba; ella quería gallinas para poder comerse los huevos.



Continuaron las visitas de los niños y de los mayores. Aquellos ya no se acercaban al jaulón porque al hacerlo para echarles trocitos de pan, como antes hacían, los pollos se abalanzaban contra la malla del jaulón para hacerse con el trozo de pan con tal ímpetu que asustaban al cándido niño que les alargaba

su manita con el trocito de pan entre sus dedos soltándolo ante el susto que aquellos enormes pollos le daban. Así que terminaron por no querer visitar a los pollos. Estos, los mayores, venían a visitarlos más asiduamente viendo como engordaban de día

en día y se relamían de gusto pensando en que muy pronto podrían degustar pollos de corral como los de antaño y no “pollos de plástico” como los que ahora se venden en las pollerías y carnicerías; sus visitas eran cada vez más frecuentes insinuando cada día a Conrada que los pollos ya están para quitar.



Por fin llegó el día en que Conrada decidió, aunque con mucho sentimiento, que los pollos tenían que ser sacrificados para ocupar una olla en la Sociedad del pueblo y servir de merienda para quienes le habían ayudado a restaurar su casa, que tras la restauración se



había convertido en la casa más visitada del pueblo. Se instaló un provisional matadero en el pajar de Conrada y tras desplumarlos los llevaron a la Sociedad donde después de limpiarlos, metieron unos en el arcón para futuras meriendas y otros los guisaron por la tarde para la merienda de ese día. Cuentan que no fue un milagro, pero que con tres pollos merendaron treinta personas, y dicen que estaban muy sabrosos; es que estos pollos no eran de “plástico”, como los que estamos acostumbrados a comer en estos tiempos, eran pollos de corral, eran los pollos de la Conrada.

Pedro San Emeterio